

Del boom de la infamia al Salón de la Fama

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Cuando se realice un estudio minucioso y desembozado sobre todos los aspectos en que el gobierno revolucionario ralentizó el avance de la lucha contra la discriminación racial en Cuba —creando falsas expectativas entre los discriminados, manipulando su real situación e imponiendo criterios reduccionistas y dogmáticos sobre el tema—, tal vez quede establecido definitivamente el enorme contrapeso que la ideología política ha ejercido, y ejerce aún, contra las buenas intenciones e incluso contra las leyes destinadas a buscar una auténtica igualdad racial entre los cubanos.

La política, cuya práctica se constriñe en Cuba a los dictados del gobierno, ha dispuesto con normas de hierro las materias a las que durante medio siglo debieron o no dirigir su atención los historiadores, antropólogos, economistas, sociólogos y demás estudiosos de las ciencias sociales, así como los críticos y analistas del arte, el deporte, la literatura y los medios de información, junto al sistema de educación en todas las áreas y niveles o las empresas editoriales. Se trata de un desvarío con saldo de debacle cultural, cuyas consecuencias ni siquiera se pueden pormenorizar aún, puesto que el fenómeno no ha concluido.

No obstante, en lo que concierne a los cubanos descendientes de esclavos, es posible asegurar ya, de modo irrefutable, que han sido borrados de la memoria colectiva figuras,

hechos y capítulos completos de la historia. Y que ha constituido una constante el ninguneo y la marginación histórica de iconos que eran motivo de orgullo e inspiración. Son injusticias recurrentes, sistemáticas, que traen toda la traza de la discriminación y han ocasionado menoscabos muy graves, aun cuando pueda alegarse, no sin una cierta dosis de cinismo, que no fueron motivadas por prejuicios raciales, sino ideológicos.

Por estos días asistimos a una especie de maratón en pos del rescate de diversos asuntos históricos y sociológicos sobre los cuales no se mencionó una palabra ni se publicó una sola página durante décadas. Es demasiado notable el apuro que muestran los investigadores e instituciones oficiales por cubrir tantas y tan vergonzosas lagunas. Se va haciendo común encontrar novedades en las librerías y que nos lleguen noticias sobre nuevos eventos. No por tardío dejamos de agradecerlo. Sólo que como ya el daño está hecho, y aunque no sea irreversible, habrá que esperar un largo tiempo para que consigan deshacer los entuertos, por lo menos hasta donde les interesa y les conviene deshacerlos.

A esta suerte de *affaire* reivindicativo (dirigido, como siempre y como todo, por la política) parece sumarse la próxima apertura de un Salón de la Fama del Béisbol en Cuba. Resulta curioso que al anunciarlo, un alto funcionario del Instituto Nacional de Deportes,

Educación Física y Recreación (INDER) haya dicho sin más: «Es una vieja demanda que queremos hacer realidad pronto».¹ Lo cierto y muy bien conocido es que esa vieja demanda se hizo realidad en Cuba desde el lejano año 1939. Y que 68 famosos jugadores cubanos (muchísimos negros entre ellos) habían inscrito ya sus nombres en aquel recinto, ubicado en el estadio habanero de La Tropical, cuando, en 1961, el gobierno revolucionario abolió el béisbol profesional y por extensión (ideológica) recubrió nuestro Salón de la Fama del Béisbol con un manto de sombras, que durante medio siglo ha impedido engrosar su lista con nuevas glorias, la mayoría de las cuales hoy son desconocidas para los aficionados de la Isla. Así, pues, más que la realización de una vieja demanda, la reapertura (no la inauguración) de este lugar no sería sino un elemental acto de justicia. Aunque las autoridades deportivas no estén dispuestas a reconocerlo, tal vez se corrija así una barrabasada política cometida contra todos los cubanos, pero muy en especial contra los negros, protagonistas de grandes hazañas en el béisbol profesional antes y después de la revolución y hasta este minuto.

La contradicción

No haría falta enumerar los detalles (bochornosos para el mundo civilizado) de esa estela de barbarie que, durante demasiado tiempo, fue dejando la discriminación racial en la historia del béisbol, tanto en los Estados Unidos como en Cuba, aunque mucho más allá que acá. Como en tantas otras manifestaciones, digamos humanas, el prejuicio contra los herederos de África reboza en el béisbol un capítulo demasiado extenso como para que pueda ser olvidado ni pasado por alto hasta en los más ligeros recuentos.

Cuando, en 1961, el gobierno revolucionario anulaba la práctica del béisbol profesional, resultó entendible que entre sus razones alineara también una denuncia contra la discriminación racial, por más que hacía ya unos 20 años que los jugadores negros integraban junto a los blancos las Grandes Ligas en Estados Unidos, lo cual les había sido vedado durante más de medio siglo. Sin embargo, la Liga Cubana de Béisbol Profesional aceptaba a los peloteros negros estadounidenses desde inicios de 1900, por lo cual las Ligas Negras de allá decidieron admitir como únicos jugadores blancos a los cubanos, en justa respuesta de reciprocidad.

Claro que, como ya se sabe, el principal argumento sostenido por el gobierno revolucionario contra el béisbol profesional era la explotación del hombre por el hombre y su tratamiento como mercancía, en el que — según se dijo y se repite — no contaban los valores del ser humano. La discriminación racial fue sólo un acápite, algo trasnochado, punto menos que traído por los pelos, aunque siempre útil para la política, por ser un tema sensible entre cubanos.

Nadie reparó entonces, y aún son muchos los que no reparan, en la contradicción de que al abolir el béisbol profesional y negar por decreto todo acceso a informaciones relativas a su ejercicio, el gobierno impedía a los cubanos comprobar por sí mismos si su medida había sido realmente justa y, sobre todo, si en verdad representaba el deseo y los intereses de la mayoría del pueblo. Con nuestro béisbol controlado en forma absoluta por la política, pudo verse muy pronto que sus jugadores simplemente habían cambiado de patrón. Sólo que para ellos y para el gran público aficionado resultó imposible establecer comparaciones entre unos y otros patrones, debido al estado de total aisla-



Equipo Cuba, Campión de la Liga Amateur de Pelota, 1939

miento en que fueron sumidos con respecto al profesionalismo.

De lo que se trata aquí no es de insistir en las comparaciones que ya se han hecho tantas veces entre el deporte profesional y el aficionado, sino de refrendar, aunque sea sucintamente, cuán injusto fue el gobierno con los jugadores y aficionados cubanos de béisbol al imponerles una voluntad ajena al deseo de la mayoría y no permitirles (en especial a las futuras generaciones) el más leve conocimiento para cotejar por sí mismos los perjuicios y los beneficios de ambos sistemas.

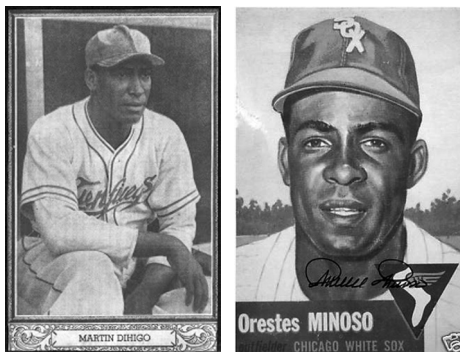
Las nuevas generaciones de peloteros cubanos, por más brillantes que fueran, verían a sus familias sumidas en la peor miseria económica sin presente y con un futuro que sólo era alcanzable en los discursos. Les correspondía al menos el derecho de conocer que, incluso antes del triunfo de la revolución, Orestes Miñoso, un negro que había sido cortador de caña en Matanzas, ganaba 2,400 pesos mensuales como estrella de un equipo del béisbol

profesional cubano, en una época en que quienes cobraban 100 pesos tenían resueltas todas sus necesidades básicas. Los jugadores de las distintas selecciones cubanas del béisbol amateur post-revolucionario, en vez de permanecer bajo humillante vigilancia policial en sus viajes al exterior, en vez de tener prohibido expresar libremente sus opiniones en la prensa o intentar los más mínimos contactos con profesionales, ni aun cuando fuesen sus parientes, debieron tener al menos el derecho de buscar retroalimentación (aunque sea de carácter técnico) en torno a la práctica de su deporte en las Grandes Ligas, que representan la meca del béisbol. Y eso por no hablar del gran dilema, para un jugador cubano, de arriesgarse a huir de su dotación (como en tiempos de la esclavitud) para probar suerte en el profesionalismo, impulso del innato espíritu de superación que los nuevos explotadores del hombre por el hombre que gobiernan en Cuba decidieron catalogar, absurda y aberrantemente, como delito político y traición a la patria.

Se trata sólo de unos pocos ejemplos, entre muchos, de las contradicciones que oculta el enfoque supuestamente revolucionario y humanista del gobierno en torno a la explotación del talento y de las singulares capacidades de los jugadores de béisbol. Una cuestión que no sólo afecta en particular y muy directamente a los negros cubanos, por su reconocido predominio en este deporte, sino que también implica ocultamiento y manipulación de la historia de sus virtudes como grupo socio-racial dentro de un universo que ya de por sí ha presentado siempre demasiada resistencia a sus éxitos.

¿Es explicable —y mucho menos con argumentos políticos— que los cubanos negros y mestizos que son aficionados al béisbol, e incluso la mayoría de los jugadores, desconozcan completamente las trayectorias, los nombres y a menudo hasta las existencias de decenas de congéneres que han sido verdaderos ídolos del público mundial por su brillantez en los terrenos de las Grandes Ligas del béisbol estadounidense? ¿Qué derecho (sea jurídico o natural) asiste a un gobierno, por más revolucionario que se auto-considera, para privar a la afición cubana en su conjunto, y muy particularmente a los negros y mestizos, del orgullo de reconocer en muchos de los miembros de su grupo a verdaderos ídolos internacionales, que ganaron a fuerza de constancia, esfuerzo y proezas el privilegio de ser inspiración y modelo para cientos de miles de admiradores en una buena parte del planeta?

Martín Dihigo, Atanasio Rigal Pérez (renombrado en la historia como Tani), José de la Caridad Méndez (El Diamante Negro) y Cristóbal Torriente son los cuatro peloteros cubanos (todos negros) que integran el Salón de la Fama del Béisbol en Cooperstown, Estados Unidos, que es una especie de Olimpo para los jugadores. Sería agotador relacionar



Martín Dihigo y Orestes Miñoso

la cadena de injusticias y sinsabores discriminatorios que debieron enfrentar a lo largo de sus carreras profesionales. Lo contradictorio, lo sencillamente escandaloso es que, con la excepción de Dihigo, llamado con justicia El Inmortal, y cuyo nombre al menos es medianamente conocido por muchos aficionados de la Isla, a los otros no los conoce casi nadie. Se podrían contar con una mano los aficionados del país que son capaces de identificarlos en fotografías y son multitud quienes ni siquiera han oído mencionar sus nombres, por no hablar de la ignorancia generalizada sobre sus hazañas deportivas. En 1977, 2000 y 2006 (para Méndez y Torriente) estos cuatro titanes ascendieron a la cumbre del Salón de la Fama. Quien busque una leve alusión al asunto entre las noticias de los medios oficiales cubanos, según las fechas en que coparon titulares internacionales, estará perdiendo el tiempo.

Otro ejemplo de gran contradicción entre el discurso y el actuar del gobierno revolucionario en torno a estas cuestiones ha quedado inscrito para la historia en el libro *La gloria de Cuba*, de Roberto González Echevarría², catedrático de la Universidad de Yale, quien precisa:

«El compendio propagandístico *Viva y en juego*, una historia del béisbol cubano publicada por el régimen, pasa por alto la

pelota profesional, a la que descalifica con expresiones como “baseball rentado”. Pero al exaltar el béisbol amateur, al que trata de vincular con el postrevolucionario, exalta a la Liga Amateur, que practicaba el apartheid. Y al menospreciar a la Liga Cubana, condena al olvido a las grandes estrellas cubanas que no podían darse el lujo de jugar como amateurs. Este libro, escrito por cubanos blancos, es el último coletazo de la Liga Amateur y de su política racista. En la misma omisión incurre el Museo Nacional del Deporte, sito en la Plaza de la Revolución. Si se exceptúa a Martín Dihigo, las hazañas de los grandes jugadores negros de Cuba que tuvieron que jugar como profesionales o semipros no figuran por ninguna parte. Sin embargo, sí se exhiben algunos uniformes de las Series Mundiales Amateurs de los años 40, patrocinadas por Batista, en las que jugaron equipos nacionales integrados casi exclusivamente por peloteros blancos» (página 579).

De la infamia a la fama

ETECSA, empresa estatal que monopoliza las comunicaciones en Cuba, ha empezado a ofrecer un nuevo servicio de mensajería SMS. Por vez primera, en más de cincuenta años, se da acceso, dentro del territorio nacional, a informaciones sobre las Grandes Ligas del béisbol profesional en Estados Unidos. Desde luego que la inmensa mayoría de la población cubana no puede costearse este servicio, que se paga en moneda convertible. Pero tal vez algún irónico querría ver en la novedad otra medida reivindicativa del gobierno. Los partidos de la gran carpa beisbolera estadounidense jamás han ocupado un solo minuto en nuestra televisión. Lo sintomático es que la ojeriza oficial contra el profesionalismo no parece ser —al menos en los últimos años— la causa de

esta veda sin treguas, ya que para otras disciplinas deportivas que se enmarcan dentro del mismo sistema, sí ha sido desbloqueada la programación televisiva. Muy especialmente para el fútbol profesional, cuyo último campeonato mundial pudo ser visto por el público, jugada a jugada, a través de las pantallas de los cines más céntricos y populares de La Habana. Fue una buena nueva para los cubanos, sin duda. La mala, por rancia y sumamente injusta, es que el béisbol profesional, pasión pendiente para las mayorías en la Isla, no haya recibido aunque sea un mínimo de cobertura en información diferida.

Luego, para peor suerte del deporte nacional, la avalancha del fútbol como espectáculo en las pantallas cubanas coincide en tiempo con una etapa de evidente merma en la calidad de nuestro béisbol. Tal vez por eso sean tantos los viejos y nuevos aficionados a la pelota que hoy ven con preocupación cómo las últimas generaciones están cambiando sus ídolos deportivos. Donde antes se hablaba de Agustín Marquetti, Arturo Linares, Antonio Muñoz, Luis Giraldo Casanova, o Braudilio Vinent, entre otras tantas estrellas de las ligas nacionales amateurs, hoy se habla de Lionel Messi y Cristiano Ronaldo. Con la misma facilidad con que antes veíamos a los niños y adolescentes jugando a la pelota en calles habaneras, hoy los vemos jugando al fútbol.

En todo caso, lo preocupante no debe ser que el fútbol gane terreno en la preferencia de la afición cubana, sino las causas por la que ello ocurre en detrimento de la preferencia que tradicionalmente ha disfrutado el béisbol. Mucho más cuando tales causas son condicionadas por la política. Incluso no hay que dudar que al propio gobierno llegue a preocuparle, sobre todo porque no dispone en el fútbol, como en el béisbol, de un potencial humano que, a pesar de los pesares, sea capaz

de ganar medallas y prestigio para su propaganda ideológica.

Lo que sí resulta altamente dudable es que algún día el gobierno revolucionario abra para nuestra afición el acceso al espectáculo del béisbol profesional. Si antes no lo hacía por el mero temor de que jugadores y aficionados constataran la superioridad técnica de los profesionales y las mejores condiciones de vida que éstos gozan, sean negros o blancos, con respecto a nuestros amateurs, hoy tiene motivos extras para no hacerlo. Uno entre varios sería la posibilidad de ver brillando con el uniforme profesional a muchos ídolos de la pelota nacional que, desesperanzados ante su perenne miseria económica y desesperados ante la situación de acoso policial, decidieron dar el salto, asumiendo riesgos para la propia vida.

Sin embargo, abundan los testimonios de jugadores cubanos sobre lo mucho que les gustaría compartir con sus compatriotas los triunfos del profesionalismo. Se conoce que Tony Oliva, un negro pobre de Pinar del Río, que tuvo que escapar de la Isla con pasaporte falso y en Estados Unidos logró romper casi todos los récords ofensivos del béisbol profesional, ha vivido penando durante toda la vida por no poder compartir cada una de sus cuantiosas hazañas con el público cubano. Mucho más conocido es (porque no se cansa de pregonarlo) es el caso de Orlando “El Duque” Hernández, quien, siendo pitcher estelar de los *Yankees* de Nueva York, seguía considerándose lanzador de Industriales, equipo amateur de La Habana, y deudor de sus aficionados.

Con el drama de este otro descendiente de esclavos y virtuoso jugador de béisbol, uno de los mejores lanzadores en la historia de la pelota post-revolucionaria, bien podría filmarse una película de horror y misterio. Cuando las autoridades deportivas sospecharon que a El

Duque le tentaba la idea de jugar como profesional, lo suspendieron como pelotero. No pudo jugar más y fue sometido a permanente acoso policial. Parece que la intención oficial, macabra donde las haya, era mantenerlo inactivo durante el mayor tiempo posible, con el fin de que (como ya tenía 32 años de edad) llegase a destiempo y sin entrenamiento al profesionalismo, si es que alguna vez lo conseguía. El Duque fue empujado a la casi suicida determinación de escapar de Cuba en una frágil barca. Pudo morir en el intento (como ha ocurrido a miles), pero en diciembre de 1997 alcanzó las costas estadounidenses. Lo demás es historia, de gloria para él, de frustración para sus aficionados cubanos, y de vergüenza para el gobierno revolucionario.

¿Se incluirán en el nuevo Salón de la Fama del Béisbol de Cuba a El Duque y tantos otros astros del profesionalismo, negros en muy amplia mayoría, que escaparon de la Isla huyéndole a la miseria y a la explotación del hombre por el hombre perpetrada por el gobierno revolucionario? ¿Acaso, con la inauguración de este recinto, estarán a tiempo las autoridades deportivas para devolverles a los negros y mestizos cubanos tanto orgullo escatimado durante decenios y tanto buen ejemplo de valentía, fuerza de voluntad y enfrentamiento contra la peste del racismo, que esas mismas autoridades condenara al olvido junto a las proezas beisboleras de sus ídolos?

Notas:

1-*Trabajadores*, 24 de diciembre de 2012, a cargo de Raynaldo González Villalonga, miembro de la Comisión Nacional de Historiadores del Deporte.

2-González Echevarría, Roberto. *La Gloria de Cuba*. Editorial Colibrí, Madrid, España, 1999. P. 579.